

EL NUEVO ORDEN EN ASIA ORIENTAL

¿Cuándo empezó realmente la crisis financiera asiática de 1997? La mayoría de los surcoreanos buscarán sus orígenes en la serie de malas noticias económicas que empañaron los despejados días del otoño de 1997. Los tailandeses preferirán retroceder algunos meses hasta principios del verano, cuando los operadores del mercado de divisas no podían vender el bath tailandés lo suficientemente deprisa, provocando una presión insostenible sobre el tipo de cambio. Para los indonesios, el impacto pleno de una crisis que finalmente haría retroceder las ganancias económicas de tres décadas, no se hizo sentir hasta los primeros meses de 1998. Otros sintieron que algo grande y espantoso se había puesto en marcha en julio de 1997, cuando el primer ministro de Malasia, Mahathir bin Mohamad, culpaba a una «conspiración judía mundial», dirigida por George Soros, del desplome de las monedas de los países del sudeste asiático. Con conspiración o sin ella, el hecho está grabado tan indeleblemente en la memoria colectiva de los inversores de la región, que cuando en agosto de 2007, el Dow Jones cayó 340 puntos entre el miedo a una crisis de liquidez provocada por el colapso del mercado hipotecario secundario de Estados Unidos, el mercado de valores de Corea del Sur sufrió la mayor caída de los últimos cinco años, viendo cómo los pequeños inversores huían ante el temor a otro desplome. El índice bursátil del mercado indonesio registró también una caída del 7 por 100. El mercado estadounidense se recuperó con rapidez, los otros no¹.

Sin embargo, la crisis asiática fue espectacular no sólo por los estragos que causó (en una zona que se consideraba inmune a estragos de esa clase), sino por la rapidez de la recuperación. A finales de 1998 el contagio financiero había acabado, y los países que lo habían sufrido de manera más aguda, Corea del Sur, Malasia, Tailandia e Indonesia, estaban de nuevo más o menos en pie. El Banco Mundial y el FMI, los economistas y los políticos que se habían estado peleando sobre las causas del desastre, ahora estaban felizmente de acuerdo en una cosa: la recuperación era tan rápi-

¹ Este documento fue presentado en forma de coloquio en el Center for Social Theory and Comparative History, UCLA, 30 de mayo de 2007.

da como el propio desplome². Además la crisis parecía haber tenido una utilidad práctica: hoy día, los fondos de los bancos centrales de estas economías rebosan de reservas en divisas extranjeras que pueden utilizar para defender sus monedas y, a través de acuerdos de intercambio, las monedas de otros países que se encuentren sometidas a tensiones. Esta asistencia mutua se produce también cuando la dependencia de los países asiáticos respecto a la economía estadounidense está disminuyendo y volviéndose lo suficientemente elástica como para resistir, ¿quizá incluso absorber?, el trauma de la ralentización económica de esta última.

En sí mismo, el colapso de 1997-1998 fue una clásica crisis de liquidez, si bien exacerbada por unas prácticas institucionales características de la idiosincrasia propia de los países afectados. Reunía a todos los personajes necesarios para el drama: la manada global de los directivos de los fondos institucionales, que se comportaron como si quisieran confirmar el adagio de Engels de que no hay nada más sórdido que un capitalista nervioso; los responsables del Tesoro estadounidense exultantes ante la oportunidad de abrir de un vez por todas las economías del este de Asia, especialmente la de Corea del Sur, sin importarles las causas de la crisis; y los funcionarios del FMI, desarrollando políticas basadas en tipos de interés elevados sobre unas economías angustiadas, que se retraen como las tortugas en sus caparazones, ante las arengas de gentes indignadas de todo el mundo. El impacto a corto plazo de la crisis fue muy severo; en toda la zona muchas empresas, grandes y pequeñas, se fueron a pique, incapaces de hacer frente a los (ahora elevados) intereses o de obtener la indulgencia de los (repentinamente exigentes) tribunales de quiebra. En Corea del Sur, la legislación que protegía los derechos laborales quedó desmantelada, provocando el despido masivo de trabajadores. En Indonesia, aquellos que se quedaron sin trabajo en las ciudades emigraron de vuelta a las áreas rurales de donde procedían. Cuando los subsidios estatales a los alimentos y la gasolina, los pilares de las tres décadas del «Nuevo Orden» de Suharto, se redujeron bruscamente, los parados volcaron su rabia y frustración sobre compañeros de infortunio que no eran más responsables de la crisis que ellos mismos: tenderos y pequeños comerciantes, casualmente de procedencia étnica china. Como resultado, 1998 también puede recordarse como un año de disturbios y pogromos que no se habían producido en Indonesia desde 1965.

Una de las lecturas que puede hacerse de la crisis financiera asiática de 1997-1998, es la de un paroxismo local de lo que Charles Kindleberger describió como «manías, pánicos y colapsos»; sucesivos anuncios de acontecimientos comparables en Brasil y Rusia en 1998 y en Argentina desde 1999 hasta 2003. Pero también es posible leer la crisis dentro de un contexto más específicamente asiático, como un punto de inflexión regional de significado histórico. Con ella el antiguo orden económico y político

² Joseph Stiglitz y Shahid Yusuf (eds.), *Rethinking the East Asian Miracle*, Nueva York, 2001.

ardió en llamas, una metáfora a la que volveré, y uno nuevo empezó a tomar forma.

Para entender este nuevo orden, merece la pena recordar que para algunos la crisis asiática tuvo sus orígenes reales no en 1997 sino en 1994, cuando China abandonó el tipo de cambio oficial para su divisa. La depreciación estimuló considerablemente sus exportaciones y provocó una enorme presión sobre Tailandia. En los siguientes años, los tailandeses lucharon para exportar sus bienes manufacturados y pagar su deuda, incapaces de entrar en el juego de una devaluación habida cuenta de la vinculación de su moneda con el dólar. Los inversores internacionales como George Soros vieron las oportunidades y la venta al descubierto del bath comenzó.

Las causas de una crisis financiera son un asunto complejo; no parece haber uno sino muchos factores, y entender cómo se confabulan con las circunstancias existentes para provocar una catástrofe, puede ser un desafío para nuestro impulso cartesiano de reunir los puntos lo más eficazmente posible. En este ensayo trato de examinar el significado de este cambio de situación en el este de Asia, que se solapó con lo que hemos llamado la crisis financiera asiática. La recuperación, que venía pegada a los talones de la propia crisis, puede entenderse en el contexto de confusión en que se encontraban estas economías, para adaptarse a un emergente panorama regional, y supuso una significativa reorientación hacia China. Por supuesto, en algunos aspectos, este nuevo orden comparte muchos rasgos con el viejo, en el que China también jugaba un papel central, pero ¿a qué se parece este nuevo mundo?

Superar a la ficción

El escritor estadounidense Jack London había reflexionado sobre una cuestión análoga exactamente hace un siglo. Después de haber cubierto, desde la península de Corea, la Guerra ruso-japonesa de 1904-1905 para los periódicos de William Hearst, en 1907 publicó una narración corta en la que no hablaba de sus habituales mundos salvajes y despoblados, sino de todo lo contrario. Se trata de un relato de ciencia ficción situado a principios del siglo XXI, donde China con una población en ebullición, se ha convertido en un poder a escala mundial. China ha aprendido de Japón el arte de la manufactura y finalmente acaba superando a su antiguo maestro. Japón por su parte se desliza en una lenta pendiente y abandona la producción industrial, centrándose en el terreno donde tiene auténtica ventaja: la estética. Mientras Japón seduce al mundo con ceremonias del té y maravillosos bonsáis, China se catapulta al escenario mundial como un motor industrial, para desconcierto y consternación de todos. Sin embargo, China no tiene interés en los habituales corolarios políticos que Occidente asocia a semejante poder económico. No muestra ningún deseo de formar un ejército poderoso o una flota que pueda proteger sus intereses comerciales que ya dan la vuelta a la tierra. Muestra poco o ningún apeti-

to por la conquista, en los términos habituales según los cuales se levantan y caen los imperios. Con el tiempo, el mundo se da cuenta de que China no es un imperio normal porque la demografía juega a su favor. Pronto se asiste al desbordamiento de su población por las fronteras, al este hacia California, al oeste hacia Europa y al sur hacia Indonesia.

Esta afluencia se encuentra con una respuesta de Occidente que le da a London el título de su relato: «An Unparalleled Invasion» [Una invasión sin precedentes]. Si la fuerza de China reside en su fecundidad, razonan los poderes occidentales, la única solución es un ataque biológico. Los países occidentales conspiran para lanzar ataques bacteriológicos sobre China, haciendo que les lleven gérmenes de todo tipo, viruela, escarlatina, cólera, peste bubónica, hasta que su población desaparece. Una vez que el genocidio ha finalizado, se tarda años en limpiar lo que se ha convertido en el basurero tóxico más grande del planeta. Finalmente, todas las naciones cómplices del mundo civilizado se reúnen en Copenhague y juran solemnemente que nunca volverán a cometer un crimen como ese, ni «a usar contra cualquier otro los métodos de guerra de laboratorio que han empleado en la invasión de China».

Por un lado, la obra de London es una pieza de ciencia ficción de la época; la imaginación volando libre en la era del «peligro amarillo», cuando todas las cuestiones de la civilización se veían a través del prisma de la raza. Pero por otro refleja un desconcierto más general sobre cómo dar acomodo al espectacular genio comercial y a la energía de un pueblo que representa un quinto de la humanidad. Sin embargo, London sugiere el mismo razonamiento: la confianza que los chinos tienen en sí mismos podría ser un buen augurio para la paz mundial... si el resto del mundo pudiera vivir con ella.

China [...] no tenía sueños napoleónicos, y se conformaba con dedicarse a las artes de la paz. Después de un tiempo de intranquilidad, se aceptó la idea de que China no era peligrosa en la guerra sino en el comercio [...] China continuó levantando su civilización sobre las máquinas. En lugar de un gran ejército, desarrolló una milicia mucho más grande y extraordinariamente eficaz. Su marina de guerra era tan reducida que era el hazmerreír del mundo, pero no intentó fortalecerla. Los puertos del mundo nunca recibieron su visita³.

En estas líneas London pudo haber estado describiendo la política comercial china de principios del siglo xv. En aquél tiempo los barcos del almirante Zheng He, un eunuco al servicio de la dinastía Ming, recorrían medio mundo desde el norte y sureste de Asia al océano Índico, Oriente Próximo y el este de África, dedicados a un generoso comercio que rendía tributo a la dinastía Ming, sin pasarles por la cabeza la idea de utili-

³ Jack London, «The Unparalleled Invasion», en *The Complete Short Stories of Jack London*, vol. 2, Stanford, 1993, p. 1.238.

zar la amplia flota a su disposición para la conquista colonial. Parece que la política china del siglo XXI comparte algunas características con la del Almirante Zheng: China permanece mucho más interesada en comerciar y hacer dinero que en el expansionismo militar.

Las relaciones económicas entre China y África

En ningún otro sitio resulta más espectacular el impacto de la «invasión» china como en África. Abandonadas por Estados Unidos, una vez que las rivalidades de la Guerra Fría desaparecieron, los problemas estructurales que ni los programas de estabilización del FMI, ni la ayuda exterior pudieron aliviar, las acosadas economías africanas han estado recibiendo un inesperado estímulo por parte de China. El comercio entre África y China alcanzó los 55.000 millones de dólares en 2006, y la cifra va en aumento. Gran parte de ello, por supuesto, descansa en el interés chino sobre los recursos naturales: sus intereses en las minas de manganeso de África del Sur, el uranio de Níger, el petróleo de Sudán, las minas de cobalto de Congo y muchas más, son bien conocidos. Pero lo que resulta más llamativo de esta nueva etapa de relaciones económicas es el flujo demográfico.

En Malawi, inmigrantes chinos que han llegado hace poco, tienen pequeñas fábricas, compañías comerciales y clínicas de salud. En Costa de Marfil, China está construyendo una nueva capital. En Angola y Nigeria los chinos tienden y reparan líneas férreas. Tienen contratos a gran escala para buscar petróleo en Congo y Guinea. Incluso en Chad, probablemente uno de los países más espantosos de África, cerrado, aislado y sacudido por continuas guerras civiles, los expatriados chinos están abriendo farmacias, salones de masaje y restaurantes. A diferencia de sus colegas occidentales, las compañías chinas que buscan petróleo explotan los pozos más pequeños que encuentran, porque para compensar, encuentran muchos. Aquí se podrían encontrar analogías con el Gran Salto Adelante, con la diferencia de que ahora ésta produciéndose en África. Más significativo es que los chinos no están simplemente de paso, como tantos empleados de las multinacionales occidentales. Tienen, por el contrario, intenciones de quedarse y hacer carreteras, refinerías y fábricas de cemento; se están instalando para largo.

Mientras que para algunos la incursión china en África es una vuelta a épocas pasadas y ha levantado sentimientos anticolonialistas en lugares como Zambia, parece obvio que China llega a África sin ningún equipaje colonialista. Pero además, desde la perspectiva de los dirigentes africanos, también llega para hacer dinero sin la irritante retórica del Banco Mundial –lucha contra la corrupción, lucha contra la pobreza, transparencia– que se queda muy lejos de conseguir sus objetivos mientras los restriega en la cara de los gobiernos africanos. El principio chino de no interferencia en los asuntos internos de otros países puede verse desde algunas perspectivas como una indiferencia moral muy criticable, pero la perspectiva con-

sagrada por la tradición de la política exterior china, el libre comercio a falta de un término mejor, está transformando el panorama empresarial de un continente que había sido golpeado desde la década de 1980 por una serie de programas de ajuste estructural que desmantelaron, entre otras cosas, la capacidad local para dirigir la economía.

Arquitecturas regionales

Pero antes de continuar explorando la situación que surge en el este de Asia a principios del siglo XXI, dirigida por el dinamismo comercial chino, es necesario definir el viejo orden que fue barrido por la crisis de 1997-1998. En aquél momento Benedict Anderson resumía de manera concisa la confluencia de factores fortuitos que hicieron posible los milagros productivos del sureste de Asia⁴. Merece la pena revisar su discurso aunque sólo sea para subrayar la magnitud de la transformación que se ha producido en diez años desde aquella crisis.

El primer aspecto era político: el apoyo de Estados Unidos a la «estabilidad» de la zona durante la Guerra Fría se tradujo en el respaldo de los gobiernos autoritarios. En él se incluyen tres décadas del Nuevo Orden de Suharto, «el capitalismo de una familia», dos décadas de apoyo a la dictadura de Ferdinand Marcos en Filipinas, y cuatro décadas de apoyo al bastión anticomunista de Corea del Sur. Con el fin de la Guerra de Vietnam, y más tarde de la Guerra Fría, el fundamento para apoyar a dictadores en nombre del anticomunismo fue socavado y con él las bases de la influencia estadounidense.

El segundo era económico, refiriéndose principalmente a la inversión de capital procedente de Japón durante la década de 1980, que coincide con el aumento de valor del yen y que alcanza su cumbre con el Acuerdo del Plaza de 1985. Con Estados Unidos como garante de la estabilidad política, Japón surge a finales de la década de 1970 como el inversor más importante en esa zona. El flujo de dinero alcanzó tal grado que Japón empezó a considerar el sureste de Asia como su propio patio trasero, de la misma manera que hace Estados Unidos con América Latina. Esta consideración fue la que provocó la sugerencia de Eisuke Sakakibara, viceministro de Finanzas japonés, de crear un Fondo Monetario Asiático, una idea que le valió la amonestación de los funcionarios del Tesoro estadounidenses.

Un tercer aspecto de aquella situación era la presencia de los empresarios de la diáspora china que se habían convertido en el verdadero motor del espectacular crecimiento de la región. La población étnicamente china que reside fuera de su tierra ancestral alcanza los 34 millones de

⁴ Benedict Anderson, «From Miracle to Crash», *London Review of Books*, 16 de abril de 1998.

personas, y de ellos más del 82 por 100 lo hace en Asia, la mayor parte en el sureste del continente. Eso incluye a 7,3 millones en Indonesia, 6 millones en Tailandia, 5 millones en Malasia, y 2 millones en Birmania, Singapur, Filipinas y Vietnam. En Tailandia y Filipinas, la población china contrae matrimonios con la población local y se integra; en el resto de los países son capitalistas vinculados al comercio y las finanzas, «los forasteros por excelencia», que conectaban la región con el mercado mundial⁵. Actualmente la diáspora china se extiende sobre la vasta riqueza de la región, con una cierta división étnica del trabajo más acusada en lugares como Indonesia, donde el poder político permanece en manos de los nativos. Lo que resultaba llamativo de esta diáspora, es que durante la mayor parte de la Guerra Fría la relación con su tierra ancestral fue problemática, por no decir inexistente y cada cual se las arreglaba por su lado.

Por último, el milagro productivo del sureste de Asia se produce en el contexto extraordinario que supone el aislamiento en que queda China a partir de 1949; en otras palabras, el milagro estaba basado en un tiempo prestado, antes de que China volviera a rugir en el mercado mundial. Esta era la situación de la posguerra que, según Anderson, quedó completamente destrozada en 1997-1998, o que como sugería anteriormente, ardió en llamas, metafóricas y literales: uno de los acontecimientos más impresionantes de la época fue una catástrofe ecológica que en algunos lugares rozó el Apocalipsis. En 1997-1998, la Oscilación hacia el Sur de El Niño (ENSO) fue una de las más catastróficas que se ha producido en los trescientos años que se lleva registrando el fenómeno. Tuvo un gran alcance, extendiéndose desde Siria a Mongolia, China, Corea del Norte y el sureste de Asia, y devastó varios países en desarrollo que estaban indefensos frente a la fuerza de los elementos. Las anomalías relacionadas con esta oscilación fueron responsables de la severidad del invierno que puso en peligro al 20 por 100 del ganado del Tíbet, a 3 millones de cabezas de ganado en Mongolia y condujo a una masiva escasez de alimentos en Tayikistán. En Corea del Norte, la severa sequía de 1997-1998 destruyó las pocas posibilidades de producir alimentos que quedaban después de las inundaciones que se habían producido anteriormente y provocaron una hambruna que se cobró cientos de miles de vidas si es que no fueron más. En Indonesia, la sequía trajo los incendios que devastaron los bosques del país, secos como la yesca, afectando a cerca de 10 millones de hectáreas y cubriendo el sureste de Asia de humo y bruma. Los fuegos, que habían comenzado en las provincias sureñas de Sumatra y Kalimantan, continuaron ardiendo desde junio a noviembre de 1997, con un coste estimado de 2 millardos de dólares, al margen de los costes globales de semejantes emisiones de carbono. Cuando el humo se disipó, Asia del Este era un lugar completamente diferente.

⁵ Dan Chirot y Anthony Reid (eds.), *Essential Outsiders. Chinese and Jews in the Modern Transformation of Southeast Asia and Central Europe*, Seattle, 1997.

El nuevo paisaje

El «milagro» que el Banco Mundial había admirado vino de la mano de la creación de políticas promercado implementada en el sureste asiático, no de una intervención procedente del noreste de Asia, y se basó en un crecimiento económico sostenido, que rondaba entre el 7 y el 9 por 100 desde la mitad de la década de 1980⁶. Después de 1997-1998, los países del sureste asiático nunca volverían a alcanzar ese punto; en los momentos más favorables, el índice de crecimiento se quedaría entre el 4 y el 6 por 100. Dicho con otras palabras, la velocidad de la recuperación no iba acompañada de ninguna clase de milagro. Actualmente, las economías «milagrosas» son las de India, China y Vietnam, que ofrecen una estabilidad política y económica mayores e índices de crecimiento sostenidos entre el 8 y el 10 por 100. Vietnam, que no formó parte del milagro del sureste asiático, supera ahora a Tailandia en consumo de cemento, un buen indicador de la inversión.

Políticamente, los gobiernos autoritarios que presidieron el rápido crecimiento de las economías de los países del sureste asiático, fueron cayendo de uno en uno. En Indonesia, el Nuevo Orden fue remplazado por una serie de irresponsables dirigentes demócratas, y el «capitalismo de una familia» por el capitalismo de varias; la corrupción seguía reinando aunque, eso sí ahora más descentralizada que antes. El país nunca se recuperó por completo del paroxismo que derribó a Suharto y desató las hostilidades contra la población de origen chino, por no mencionar las sucesivas bombas que estallaron en Bali. Tailandia atravesó una serie de cambios de liderazgo hasta que Thaksin Shinawatra, un tailandés de origen chino que intentó fortalecer sus credenciales patrióticas creando un partido bautizado como Tailandeses aman a Tailandeses, fue derrocado en un golpe incruento en 2006. Sin embargo, los generales están todavía tratando de resolver la violencia política en el sur del país, de la misma manera que el gobierno filipino afronta la insurgencia en las islas del sur. En Malasia, el primer ministro Mahathir bin Mohamad, a pesar de que en medio del pánico financiero tuvo la fuerza de ánimo como para imponer los controles de capital, que evitaron una crisis mayor para el país, encontró difícil mantener sus apoyos en medio de una hostilidad masiva de la comunidad financiera mundial. Esta hostilidad, unida a una serie de errores políticos, finalmente le obligaron a retirarse.

De cualquier forma, no hay una relación necesaria entre las políticas autoritarias y el crecimiento económico, y no fue el fin del autoritarismo el que anunció el fallecimiento de la explosiva expansión económica. Pero la desaparición de la Guerra Fría y el consiguiente declive de la influencia política estadounidense en la región han traído un cambio fundamental en el viejo condominio de la política hegemónica del sureste asiático,

⁶ World Bank, *East Asian Miracle. Economic Growth and Public Policy*, Nueva York, 1993.

donde Estados Unidos ponía el apoyo político y militar y Japón proporcionaba los medios financieros. En su lugar aparece la irresistible influencia de China, que tiene el mayor interés en mantener la estabilidad de su periferia, aunque sólo sea para permitir que su propio y vertiginoso crecimiento económico continúe inalterable. Su necesidad de ejercer una influencia sustancial más allá de sus fronteras procede en parte de la necesidad de asegurar las comunicaciones marítimas, aunque sea por medios diferentes al empleo de la fuerza. China es el segundo importador mundial de petróleo, la mitad del cual atraviesa el estrecho de Malaca. Así mismo, China consume la mitad de la producción mundial de cemento, un tercio de la de acero, un cuarto de la producción de cobre y un quinto de la de aluminio, gran parte de la cual viaja por los cuellos de botella que forman los estrechos de Malaca, Sunda, Lombok y Macasar.

Estas preocupaciones geopolíticas, combinadas con el insaciable apetito chino de energía y recursos naturales, han hecho inevitable que China, a su manera, sacara provecho de la retirada de Estados Unidos. Al mismo tiempo, los foros económicos regionales que incluyen a Estados Unidos, como el Foro Económico de Asia y el Pacífico, están perdiendo fuelle frente a la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (ASEAN)+3* que llamativamente no incluye a Estados Unidos y que está adquiriendo fuerza y proporcionando los puntos de referencia económicos más importantes y eficaces de la región. No resulta descabellado anticipar la formación en un futuro cercano del Área de Libre Comercio ASEAN-China (ACFTA). Este último país también se está preparando para crear un nuevo forum de seguridad dentro de la estructura general del Forum Regional de Asia (ARF), que sea una alternativa a toda la serie de acuerdos de seguridad bilaterales que mantiene Estados Unidos. Ignorando las cuestiones ideológicas y con unas motivaciones exclusivamente prácticas, China no ha dudado en extender su apoyo «fraternal» a varios de los regímenes parias con los que tiene fronteras, como Corea del Norte y Birmania. El primero actualmente es un coto chino y en Birmania, el primer inversor es la República Popular China. Actualmente está construyendo un oleoducto que atraviesa todo el país, para que el petróleo de Oriente Próximo pueda llegar hasta Kunming, la capital de la provincia china de Yunnan, y ha entregado millones en ayuda a los militares birmanos.

Antes de que su economía entrara en las calmas ecuatoriales de la década de 1990, eran los japoneses los que recorrían el sureste asiático en búsqueda de oportunidades de inversión en recursos naturales, industrias y turismo. La inversión japonesa directa en los países de ASEAN alcanzaba 5.700 millones de dólares en 1995; en 2000 se derrumbó a menos de la quinta parte y aunque se ha recuperado algo desde entonces, en 2003 se

* ASEAN+3 es un encuentro institucionalizado entre los países de la Association of Southeast Asian Nations (ASEAN), la República Popular China, Japón y Corea del Sur. Generalmente se produce durante cada cumbre de la ASEAN. [N. del T.]

quedaba en los 2.500 millones de dólares. La inversión directa de Estados Unidos ha permanecido más o menos constante diez años después de la crisis, oscilando por encima y por debajo de los 4.000 millones de dólares, mientras que al igual que China, Corea del Sur y Taiwán han aumentado su inversión recientemente⁷.

Actualmente, la diáspora china ayuda a encajar Asia oriental en un orden regional coherente. Ahora que el largo aislamiento de China ha finalizado, la población china del sureste asiático está volviendo a conectar con su tierra natal de una manera que carece de precedente. Si los emigrantes que abandonaban las provincias de Fujian y Guandong en el siglo XIX, hablaban los dialectos *hokkien*, cantonés, *hakka*, *bainanese* y *teochiu*, todos ellos incomprensibles entre sí, la nueva ola de emigrantes que avanza sobre países como Birmania y Tailandia utiliza la lengua franca, el chino mandarín. Después de mucho tiempo de haber actuado como intermediarios entre el capitalismo occidental y las economías locales, la diáspora juega ahora un papel indispensable a favor del capitalismo chino, profundizando sus compromisos con el sureste asiático al mismo tiempo que proporciona un renovado vigor a las economías de la región.

Entre 1993 y 2001, el comercio entre China y los países del sureste asiático creció un 75 por 100 anual; las exportaciones conjuntas hacia los países de ASEAN crecieron un 220 por 100 en cinco años entre 2000 y 2005. El total de las importaciones chinas procedentes de los países del sureste asiático creció más deprisa todavía: un 239 por 100 en esos mismos cinco años, frente al incremento del 93 por 100 experimentado por las importaciones procedentes del resto del mundo⁸. Los acuerdos arancelarios que se barajan bajo el manto del Área de Libre Comercio ASEAN-China (ACFTA), podrían convertir la zona en 2010 en la mayor área de libre comercio de todo el planeta, acelerando el fortalecimiento de los lazos comerciales dentro de la zona y la relativa exclusión de productores ajenos a ella, como Estados Unidos y Japón.

Alarmas locales

No todos los países que mantienen fronteras con China se muestran tan confiados ante la creciente influencia económica de la República Popular. Vietnam, a diferencia de otros países del sureste asiático, ha estado gobernado directamente por China durante un periodo bastante largo y en 1979 llegó a sufrir la invasión por el norte del Ejército Popular, como represalia por la ocupación vietnamita de Camboya; la población china de origen vietnamita sufrió el acoso de las autoridades chinas. Es un pueblo profundamente nacionalista, tanto como otro país del noreste de Asia: Corea.

⁷ Datos de la ASEAN, Statistics of Foreign Direct Investment in Asean, 2005; disponibles en su web.

⁸ Base de datos de la ASEAN.

Nadie está más preocupado por la irrupción de China en el escenario mundial que la República de Corea. Desde principios de la década de 1980, los surcoreanos se han mostrado preocupados por la pérdida de competitividad en favor de China, y han buscado maneras de evitar que ese torbellino les arrastre. Corea del Sur, la décima economía mundial, ostenta el record de productividad de la pasada década; con la población más conectada del mundo a las redes de comunicación está lista para saltar por encima de Japón y Estados Unidos en términos de tecnología informática.

En los diez años que han transcurrido desde la crisis financiera asiática, los surcoreanos se han enfrentado al dilema de un nuevo orden regional, que tiene a China en su centro, de dos maneras distintas. La primera ha sido intensificar la interacción económica con China, hasta el punto de que China es el principal mercado para las exportaciones surcoreanas. El año pasado, sus exportaciones a China alcanzaron los 70.000 millones de dólares, muy por encima de las cifras referidas a Estados Unidos o Japón. Las importaciones surcoreanas de China alcanzaron los 50.000 millones de dólares, convirtiendo a este último país en su segunda fuente de importaciones. El volumen total del comercio entre los dos países está muy cerca del que se produce entre China y los países del ASEAN, que alcanzó los 113.000 millones de dólares en 2005. Durante mucho tiempo, Corea fue un estado tributario de China y culturalmente tienen cierta familiaridad, siendo los surcoreanos el grupo mayoritario dentro de los estudiantes extranjeros presentes en China. En la actualidad Corea del Norte depende totalmente de China en lo que respecta a la energía que importa, los bienes industriales y gran parte de los alimentos. Los visitantes del mercado de Pyongyang señalan que no hay absolutamente ningún producto, desde la ropa a los ladrillos, que haya sido fabricado por los propios norcoreanos.

La segunda de las maneras con que Corea del Sur se ha enfrentado a la emergencia de este orden regional basado en China, resulta más sorprendente. Mientras las relaciones comerciales a través del mar Amarillo se fortalecen, los coreanos están haciendo un considerable esfuerzo para llegar al mercado estadounidense y contrarrestar la balanza de la influencia china. El mejor ejemplo de esta política se encuentra en el Tratado de Libre Comercio firmado por Corea y Estados Unidos en junio de este año. Este acuerdo constituye un giro radical del pasado intervencionismo económico coreano, a medida de que el famoso «Estado desarrollista» se transmuta en una modélica nación partidaria del libre comercio. En otro aspecto es la más atrevida de las iniciativas en el ámbito de las políticas industriales. El gobierno coreano ha decidido que el país no puede competir frontalmente con China sin una modernización de su economía y sociedad, sin la unión de su capital humano tanto con la ciencia y tecnología americana como con la especialización en servicios. De esta manera un aspecto clave de su economía con la de Estados Unidos.

Todos los países del este de Asia tendrán que buscar su propia respuesta a este nuevo orden regional. Corea del Sur sintoniza con su pasado de ín-

tima coexistencia con China, al mismo tiempo que también implica a Estados Unidos para equilibrar la balanza. Los coreanos consideran un gran negocio dismantelar todas las barreras comerciales con Estados Unidos. Anteriormente, Corea del Sur mantenía unos aranceles medios del 11,2 por 100, tres veces superior al equivalente de Estados Unidos, y sin embargo, ahora está permitiendo una afluencia de empresas americanas de todos los sectores donde Estados Unidos mantiene una posición ventajosa: telecomunicaciones, servicios financieros, industria farmacéutica, asesoramiento legal, contabilidad, industria audiovisual, transporte de mercancías, aparatos médicos, sucursales bancarias, seguros, por no hablar de la agricultura. Aún más, los coreanos han asegurado a Estados Unidos la tecnología punta de protección de las marcas comerciales estadounidenses y la propiedad intelectual, apoyando leyes contra la piratería y la falsificación y la completa transparencia del mercado de compras del sector público. Después de la ferocidad con que llevaron a cabo una política industrial proteccionista, los coreanos actualmente son igualmente feroces en su persecución del mercado libre.

Para Jack London, un socialista con toda clase de orejeras sobre la raza, resultaba difícil encontrar una perspectiva consoladora en medio de la nube del crecimiento permanente de la población china y de su influencia económica; un caso de pensamiento racista disfrazado de geopolítica, que no es, sin embargo, demasiado diferente del de los expertos que lanzan nerviosas miradas al «ascenso de China». Para aquellos que han vivido en la periferia del Imperio del Centro, el desafío de la «invasión sin precedentes» adquiere un aspecto diferente. De las ruinas de la crisis financiera asiática y del colapso de los acuerdos de la posguerra que una vez allanaron el camino al milagro económico, los coreanos y los países del sureste asiático ven en el mismo «ascenso de China» una oportunidad sin precedentes para el comercio. Y la quieren aprovechar. Es una solución realista para una gente que ha vivido con la más práctica y realista de las potencias mundiales, tanto de la actualidad como del siglo xv. ¿Hay alguna razón para que el resto del mundo no pueda ser como ellos?